

mundos poéticos, mágicos, religiosos, científicos e incluso místicos; antes bien, los somete a análisis para darle a cada uno su lugar. Este es el grande error: confundir la filosofía analítica con el análisis de las ciencias exclusivamente. Otro error de Garzón consiste en pensar que la filosofía analítica intenta "extender una metodología particularmente eficaz en el manejo de cosas, a todo tipo de problemas", como si se quisiera hacer de la filosofía una ciencia más. Este malentendido proviene de la afirmación de que la filosofía debería utilizar métodos que la sacaran de sus perpetuas antinomias y la acercaran un poco al rigor y la objetividad científica. Pero acercarse en este sentido a la ciencia no significa identificarse con ella, puesto que, en primer lugar, los métodos de análisis no insinúan por ningún lado la observación, experimentación, muestreos y demás técnicas de investigación científica. La filosofía presupone el conocimiento del mundo, pero no se identifica con la ciencia y las otras actividades que proporcionan dicho conocimiento. Indudablemente, el apelativo de "filosofía científica" es el que ha llevado a dicha confusión a las personas que no se han tomado la molestia de acercarse un poco más a ver qué es esta "filosofía científica".

Digamos además que cuando Salmerón dice que la investigación científica (y la filosofía, si así se quiere) rechaza la interferencia de agencias extracientíficas que alteren sus metas, está tocando el punto de la neutralidad científica en cuestiones políticas, lo cual me parece muy benéfico y nada reprochable. La ciencia y la filosofía no están, en cuanto tales, al servicio de fines políticos; son los hombres —concretamente, los políticos— quienes ponen estas disciplinas a su servicio en la medida de sus conveniencias, y esto es inevitable. No hay que acabar con esta ciencia y con esta filosofía; más bien hay que cambiar al hombre que las utiliza. Decir, por otra parte, que el lenguaje científico, "gracias a su valor emocional, apoya el conformismo social y deforma las posibilidades de cambio real" es simplemente confundir niveles, porque no es que el lenguaje de la ciencia apoye o no apoye el conformismo social. Es que sencillamente la ciencia no tiene nada que ver ni

con el conformismo ni con el anticonformismo, independientemente de las repercusiones sociales que pueda tener.

Finalmente, motivado una vez más por el error de confundir filosofía analítica y ciencia, cree Garzón que el análisis histórico que presenta Salmerón de la filosofía en México (pp. 86-90) "postula como criterio de validez de una filosofía su mayor o menor cercanía a las ciencias naturales". Esto es falso. Lo que Salmerón postula es una filosofía que no se halle en lucha con la ciencia (p. 89), sino que, al contrario, la tome en cuenta antes de hacer generalizaciones sobre el mundo, sin identificarse, naturalmente, con ella. El lector que desee comprender cabalmente lo que en este artículo he discutido debe, sin duda alguna, acudir al libro de Salmerón y leerlo, dejándose de charlas de café y tradiciones orales que corren de generación en generación. Sólo leyendo el libro podrá saber si tengo o no razón en las críticas que he apuntado sobre una mala lectura de él.

Tal parece que Garzón escribió su artículo motivado por la afirmación de Salmerón: "lo que interesa es llamar la atención sobre la inminencia de un cambio de orientación de los estudios filosóficos y sobre la manera de acelerarlo" (p. 98); viendo en esto una amenaza para el marxismo, que se discute libremente en la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad. Pero el marxismo no tiene nada que temer de una tendencia que pretende introducir un poco de rigor en filosofía; rigor que, en última instancia, sería de utilidad también para un marxismo que se dice científico. Creo que ya debería ponerse fin a toda una serie de falsas polémicas que se han querido construir artificiosamente entre "marxistas" y "filósofos analíticos" mexicanos. Los "marxistas" deberían preocuparse por hacer un buen marxismo, y los "analíticos" por hacer buena filosofía analítica; ambos, a su vez, no deben cerrarse anticipadamente a un diálogo que puede resultar fructífero. ¿Por qué en lugar de estar armando "guerras" no se piensa en buscar el camino de la colaboración? Espero que esta sugerencia no sea interpretada como una sucia artimaña más de los "burgueses capitalistas" para mediatizar a las "conciencias revolucionarias" del país.

El oro de los tigres de Jorge Luis Borges

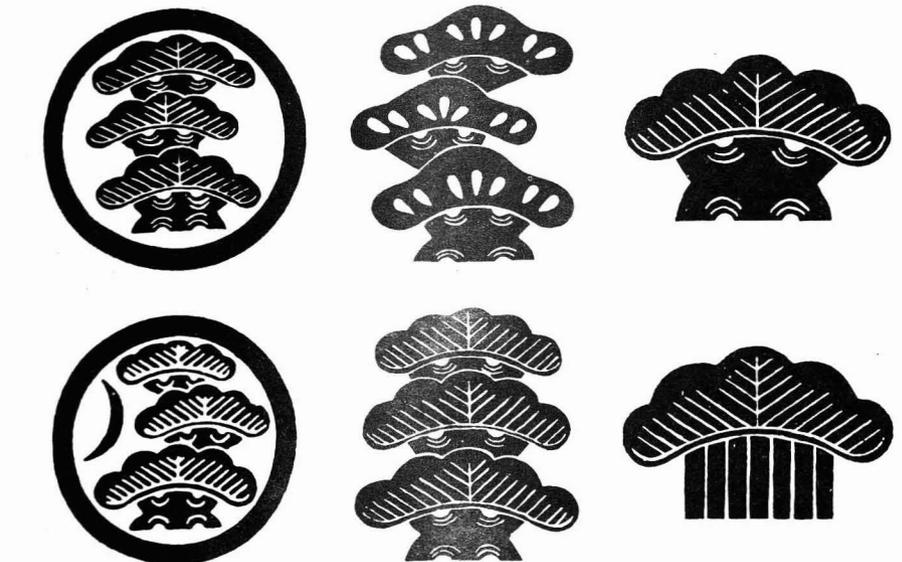
Carlos Montemayor

No haré aquí una apología de Borges ni un ensayo ambicioso (no al menos en este tiempo): sólo comentaré algunas ideas a propósito de su último libro de poemas, *El oro de los tigres*.*

Borges es hoy para el escritor y el lector latinoamericanos la referencia literaria más sólida. Pero si su prosa es el refugio más sensato y rico para nuestro idioma en este tiempo, su poesía no siempre ha sido aceptada. En México sólo contados escritores se han referido seriamente a él. Hace treinta años, Villaurrutia celebró los poemas de Borges —y en especial los alejandrinos esdrújulos de la "Noche cíclica"— en el *Hijo pródigo*. En la *Revista Mexicana de Literatura*, mayo-junio de 1964, aparecieron un ensayo de Ramón Xirau sobre la refutación del tiempo en Borges y otro magnífico, de Juan García Ponce donde señala el carácter autobiográfico de su literatura y cómo detrás de su obra laberíntica y libresca llegamos al otro Borges. Por último, y en fechas más recientes, el cuidadoso ensayo de Salvador Elizondo. Pero Borges, a pesar de esa desatención es la expresión más alta de nuestra literatura hispanoamericana.

Una confusa oposición encuentra su obra en algunos círculos. En parte porque a unos parece detestable su actitud política (que él asume con más sinceridad, o con menos histrionismo, que los que en nuestro país asumen superficial o provisionalmente la otra). Pero si en sus ideas políticas no es revolucionario, su literatura ha sido la principal revolución de la literatura iberoamericana. Su obra de libertad y conciencia es la más importante de nuestra época. El miedo al idioma un tanto ingenuo que solemos tener en nuestras tierras preocupa a otros, pues careciendo de la libertad interior para pensar, estudiar o entregarse a la inteligencia (o abuso literario, dice Borges), que también es real, humana, profunda, como la otra realidad cotidiana, prefieren desconfiar y aceptan otra literatura donde aparezcan los sustantivos explotados del compromiso político o del realismo, que les permiten hablar durante horas —o escribir durante horas— sin terminar de hablar y sin empezar nunca a decir algo, como advertía Quevedo. Mas la pobreza literaria de quienes piensan así ya la ha señalado Cortázar; prefieren evadirse de lo mejor de Borges

* Jorge Luis Borges: *El oro de los tigres*, Buenos Aires, Emecé, 1972.



para quedar inútilmente sanos. Sobreviene un desamparo al quedar —o al atreverse a quedar— con la conciencia humana última, fundamental, que es la posibilidad misma de toda conciencia o realidad: el lenguaje. Mas Borges no es extremo, y sin embargo la fatiga de sus textos los obliga a decir que se trata de un requiebro superficial, formalista, sin contenido. Después creen ingenuamente que se han desembarazado ya de ese tipo de literatura (“borgiana”) y que ya no los engañan los malabarismos del lenguaje. Esto señala (cuando no se trata efectivamente de un alma opuesta, de una arteria realista o aristotélica), más que un acierto, la poca madurez que poseen como lectores. A otros, finalmente, les parece que Borges nada tiene de poeta, y que su poesía carece precisamente de poesía. De esto hablemos un poco.

En este libro comprobé nuevamente que Borges es una prueba para nuestra lectura: la mayoría de su obra poética señala la bondad de la lectura, la profundidad y humanidad del lector. Sus poemas, su prosa, más que una alusión a la literatura, son una demostración de la riqueza que hay en ser lector, en aprender a ser lector. Esto es, creo, lo que impide a muchos acercarse a Borges. Leer para hablar incesante y vanamente, y no para transformarnos en lo interior, para hallar las venas y arterias más luminosas de nuestra vida, nuestra realidad, nuestra tarea, impide el acceso a Borges. Para el soberbio, para el superficial, Borges (por una laberíntica justicia mosaica) es soberbio y formal. Para el lector que verdaderamente lo es (o que es libre en su voluntad y conciencia), Borges es humilde, luminoso y de una gran cercanía, hondamente humano. Saber leer, querer leer, amar la lectura, es entender a Borges. Conocer su literatura es entablar con él una minuciosa amistad.

En más de una vez he pensado que su prosa está para conducirnos a su poesía o que, al menos, quien desconozca su prosa difícilmente amará su poesía. Su poesía no es la euforia que aglutina imágenes, símbolos, simbiosis caprichosas o que al vuelo llegaron, como el aire se estrella con el bólido indetenible. Es la profundidad sosegada pero terrible de lo clásico, el afán duradero del pensamiento y la reflexión humana y veraz de las cosas, del hombre, del lenguaje o los libros. Es una conversación que busca el endecasílabo para agradecer en el idioma, en el hombre, en esa conversación a medio tono, un libro; agradecer un idioma, una tarde, un paisaje, una amistad. Los poemas de los dones son enunciados, sostenidos por la métrica y por la tensión del hombre, su vida, su agradecimiento por la amistad y por la ambigua conversación —o comprensión— que es la poesía misma, y se presenta con la sobriedad clásica de un gran *adagio*.

Con Borges, he aprendido a considerar más la verdad que sus vanas genealogías o que la madurez o juventud sin obra, estérilmente devastadoras. En sus alejandrinos y en sus endecasílabos, o en sus versos libres que no se despojan de su peso clásico, descubre en él, o en nosotros, al único hombre, el verdadero sentido del hombre

no sofocado por el tiempo ni por la pluralidad: la constante idea de la mística, o de la metafísica, o del arte, de la belleza, que nos hace reconocer con más profundidad nuestro lazo con pueblos, guerras y hombres que mucha otra paja literaria que nos sofoca sistemáticamente:

“Un solo hombre ha nacido, un solo hombre ha muerto en la tierra.

Afirmar lo contrario es mera estadística, es una adición imposible.

No menos imposible que sumar el olor de la lluvia y el sueño que antenoche soñaste.

Ese hombre es Ulises, Abel, Caín, el primer hombre que ordenó las constelaciones, el hombre que erigió la primer pirámide, el hombre que escribió los exagramas del Libro de los Cambios, el forjador que grabó runas en la espada de Hengist, el arquero Einar Tamberskelver, Luis de León, el librero que engendró a Samuel Johnson, el jardinero de Voltaire, Darwin en la proa del *Beagle*, un judío en la

cámara letal, con el tiempo, tú y yo.

Un solo hombre ha muerto en Ilión, en el Metauro, en Hastings, en Austerlitz, en Trafalgar, en Gettysburg.

Un solo hombre ha muerto en los hospitales, en barcos, en la ardua soledad, en la alcoba del hábito y del amor.

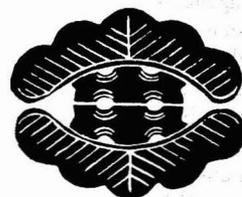
Un solo hombre ha mirado la vasta aurora.

Un solo hombre ha sentido en el paladar la frescura del agua, el sabor de las frutas y de la carne.

Hablo del único, del uno, del que siempre está solo.

Su gran lectura, su gran humildad de lectura, esa vaga erudición, como él la llama, nos muestra la poesía de las lecturas y ese destino paradójico de la vida de los poetas. En el bello poema a John Keats cada verso descubre un universo efusivo.

Desde el principio hasta la joven muerte la terrible belleza te acechaba



Duelo de Guimaraes Rosa

Ma. Eugenia Cossío

El argumento de uno de los cuentos de Guimaraes Rosa es solamente el lazo de unión de los personajes.* La venganza simboliza la barbarie, ya sea como escenario (selva), ya sea como modo de vida (salvajismo), ya sea como visión del mundo (caos), y representa el vértice donde se reúne todo lo que forma el cuento.

El clímax de la obra no es, sin embargo, este vértice o punto de unión, porque la venganza al ser dual, anula la muerte de Casiano con la de Toribio, sino que es en esta misma e incesante dualidad, en esas líneas aparentemente paralelas pero que siempre convergen, donde reside la mayor intensidad del cuento.

La dualidad la encontramos en la trama de la obra que fluctúa entre los dos personajes centrales, alternándolos; la encontramos en la "barbarie" (escenario, modo de vida, visión del mundo) y en el lenguaje eminentemente culto "civilizado" contrastante con ella; también la hallamos en el paisaje y en el estado de ánimo siempre asimilado a éste, de algunos de los personajes. Siempre dos cosas distintas aparentemente, que se funden.

El cuento nos es descrito por un narrador impersonal que nos habla en un tono irónico, trascendente y burlón, con una gran agudeza sensorial y que cuenta con un gran vocabulario. Es irónico y burlón porque los hechos que nos presenta son absurdos, pero nos los hace ver lógicos por la manera como nos los va contando y describiendo. De ahí nace la burla que lo envuelve y nos envuelve.

Con cuatro adjetivos nos describe al primer personaje, Toribio, y lo hace por dentro y por fuera: "papudo, vagabundo, vengativo y malo". El personaje se conservará siempre dentro de estas características. Con la simple reiteración de una de ellas, "papudo" volverá a darnos, en el momento adecuado, toda la visión panorámica y constante de este desagradable talabartero que, hasta el momento de su muerte, se comporta siguiendo la misma línea de conducta.

La personalidad de Casiano no está tan tajantemente definida, sus acciones son las que muestran la personalidad y la trayectoria.

* Guimaraes Rosa Joao: "Duelo", en *Crónicas de Latinoamérica*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1968.

Este aliento abarca todo el libro, y se expresa en "Al idioma alemán", "Al triste", "Tankas".

No haber caído,
como otros de mi sangre,
en la batalla.
Ser en la vana noche
el que cuenta las sílabas.

Borges alude a la guerra en muchos poemas con la misma fuerza y limpieza que en su tiempo Francisco de Quevedo. Siempre me ha resultado inexplicable, por ello, que Borges no haya celebrado al poeta normando Taillefer, que acompañó a Guillermo el Bastardo en la invasión de Inglaterra. Borges refiere la anécdota de Harold, hijo de Godwin, cuando ofreció a Harold Hardrada seis pies de tierra inglesa y, ya que era tan alto, uno más, según aparece en la Heimskringla, Le Snorri Sturluson. Veinte días después de ese hecho, los ejércitos del rey Harold y de Guillermo el Bastardo se enfrentaron en la colina de Senlac, y a la cabeza del ejército invasor el poeta Taillefer galopó cantando enardecido una canción de gesta normanda; llegó a las líneas inglesas para dar el primer golpe de la batalla, mató a un soldado inglés y murió ahí, entre los enemigos.

Hay también en el libro la expresión de los márgenes del hombre, la poesía que incursiona en el pensamiento íntimo.

Defiéndeme, Señor, del impaciente
apetito de ser mármol y olvido;
defiéndeme de ser el que ya he sido,
el que ya he sido irreparablemente.
No de la espada o de la roja lanza
defiéndeme, sino de la esperanza.

Hay en este libro un clasicismo que me aterra, el clasicismo de una obra para la cual existe aun su autor, viviente, en unas calles de Buenos Aires que no conozco, en los barrios de Palermo, de la Recoleta, que no conozco, deteniéndose quizá por la memoria de la penumbra de sus ojos ante los sitios en que se volvía a mirar una puerta cancel, una esquina donde el infinito lo acechaba y que hoy sucederá en las calles de su memoria, un hombre más allá de los setenta años, con sus ojos apagados pero en cuyo cuerpo, en cuya voz gastada por los años (o quizá más melodiosa, más humana, no lo he oído tampoco) aún atraviesa una música que es la poesía, la belleza, el orbe cerrado y generoso de esa música que es la literatura, que la literatura ha realizado a través de él, de sus caminatas por Buenos Aires y por los libros, muchos de los cuales no he leído aún pero conozco ya por haberlos recibido de él, por haberme acercado, quizá, al otro Borges, al que atravesó como otro Eneas una biblioteca para entregar un libro a Leopoldo Lugones y que uno de los Borges ha tratado de hallar, de apresar, tomando su parcela de pensamientos y de vida, y que es el Borges que siempre está solo y que sin embargo se reúne con muchos otros, para siempre, entre los cuales está tal vez el que escribe esto.

como a los otros la propicia suerte
o la adversa. En las albas te esperaba
de Londres, en las páginas casuales
de un diccionario de mitología,
en las comunes dádivas del día,
en un rostro, una voz, y en los
mortales
labios de Fanny Brawne. Oh sucesivo
y arrebatado Keats, que el tiempo
ciega,

el alto ruiseñor y la urna griega
serán tu eternidad, oh fugitivo.
Fuiste el fuego. En la pánica memoria
no eres hoy la ceniza. Eres la gloria.

Sus poemas son para penetrar en ellos,
no poseen esa explosión que en otros des-
lumbra engañosamente con luz de juegos,
pirotécnicos y no de profundidad.

El ilusorio ayer es un recinto
de figuras inmóviles de cera
o de reminiscencias literarias
que el tiempo irá perdiendo en sus
espejos.

Erico el Rojo, Carlos Doce, Breno
y esa tarde inasible que fue tuya
son en su eternidad, no en la memo-
ria.

Hay una profundidad en mirar las cosas,
el día, los recuerdos o lo efímero, con la
conciencia despierta y vívida de una epifa-
nia que surge del contorno mismo de los
objetos y nuestra mirada, en la quietud de
un libro caído y polvoriento, en un espejo,
en las líneas del recuerdo y la lectura.

El volumen caído que los otros
ocultan en la hondura del estante
y que los días y las noches cubren
de lento polvo silencioso. . .

El espejo que no repite a nadie
cuando la casa se ha quedado sola. . .

El polvo indescifrable que fue Shakes-
peare. . .

Los remos de Argos, la primera na-
ve. . .

El péndulo que el tiempo ha deteni-
do.

El acero que Odín clavó en el ár-
bol. . .

El eco de los cascos de la carga
de Junín, que de algún eterno modo
no ha cesado y es parte de la trama.
La sombra de Sarmiento en las ace-
ras. . .

. . . Las cosas
que nadie mira, salvo el Dios de
Berkeley.

Advierte también del calor, el fuego del
idioma, la verdad veraz del hombre en la
tierra, con la comprensión verdadera del
idioma.

En cuanto a las influencias que se
advertirán en este volumen. . . En
primer término, los escritores que
prefiero—he nombrado ya a Ro-
bert Browning—; luego, los que he
leído y repito; luego, los que nunca
he leído pero que están en mí.
Un idioma es una tradición, un
modo de sentir la realidad, no un
arbitrario repertorio de símbolos.